

“ESTO TAMBIÉN PASARÁ”

“Tlanezpilli”

DE VISITA

¡Vaya! nunca había observado detenidamente mi espacio, ahora que lo hago identifico porqué me gusta estar aquí, tiene dos ventanas con sus cortinas blancas que permiten entrar la luz natural y si es de noche se refleja la luz artificial, así que nunca está totalmente a oscuras; la pared izquierda está cubierta con mosaicos cuyos motivos son soles y está recargada una mesita de madera con tres arbolitos bonsái, enseguida hay un mueble de madera y hierro forjado que muestra mi gran tesoro: un ahumador antiguo custodiado por figuras de barro, piedras pintadas y plumas de zopilote.

En la pared que está frente a mi sillón de madera donde me siento a escribir y a veces a dormir, están colocados dos cuadros, uno de ellos es el abuelo Cuauhtémoc ataviado con su indumentaria de emperador y su mirada fuerte y serena que pareciera observar las figuras prehispánicas que la madre tierra nos ha regalado a mi amada dualidad y a mí, las cuales están colocadas en nichos simulados con tabiques huecos en la pared de enfrente, es decir a mi espalda. En el lado derecho, hay un gran espejo en forma de estrella que parece irradiar luz para dar la bienvenida a quien entra y cobijar a quien se sienta en el sillón sobre el cual está colocado, también tengo un librero de madera con mi computadora y un calendario azteca.

Ese sencillo aire prehispánico con las comodidades modernas, hace la diferencia entre mi espacio y el de los demás, disfruto sentir que cada objeto, cada libro, cada detalle habla de mi personalidad atrapada en dos mundos y de mi gusto por lo místico y espiritual, también disfruto ver en el sillón lateral las huellas de mi nieto que viene a visitarme diariamente, sus juguetes, su ropa y todos los objetos que olvida y que indican que le gusta su lugar en mi espacio, estando en él, he aprendido a ignorar la gran cantidad de distractores que se perciben por vivir en una avenida, pero también a valorar el canto de las aves que visitan mi pequeño jardín y las voces de los niños cuando se apresuran a la escuela.

Mi pensamiento y mis ideas se ordenan al amanecer, cuando despierto y aún estoy en la cama veo a través de mi ventana y me cercioro de que todavía está oscuro, verifico la hora que es e invariablemente me alegra que despierto unos minutos más unos menos pero siempre a la misma hora, agradezco por un día más de vida, empiezo a organizarme mentalmente lo cual me toma algunos minutos y me levanto con una idea clara de cómo voy a iniciar mis actividades. Es en este horario en el que me gusta escribir porque es cuando fluyo únicamente para mi, todo está en silencio, me tomo mi tiempo, pienso, siento, evoco y a veces lloro, trato de aprovechar esos instantes que le robo al sueño para escribir ya que antes lo hacía para hacer rendir el tiempo, empezando más temprano mi rutina y mis pendientes.

Ahora ya no me presiono porque sé que tengo todo el día y parte de la noche para cumplir con lo programado; escribo hasta que la claridad me sorprende y regreso a mi realidad con el sinfín de ruidos y sonidos que anuncian el despertar a la vida.

Mi nombre es Alba, es de origen latino cuyos significados son: blanco y refulgente, amanecer y de piel blanca.

Aún recuerdo cuando de niña me disgustaba tanto, pensaba que era un nombre frio y grande, inapropiado para mi.

Siempre deseé cambiarlo y como no era posible me inventé un nombre pequeñito con el que me sentía bien, y por algún tiempo en mi época de adolescente mientras se descubrió la mentira me sentí a gusto y disfracé la mentira diciendo que era un apodo.

Con el paso del tiempo comprendí que mi nombre era interesante y empecé a aceptarlo, ahora más que mi nombre, me gusta su significado es corto y fuerte me hace imaginar que quien lo escucha sin verme, inmediatamente evoca la imagen de una mujer blanca o tal vez el instante en que la noche se disipa para dar paso a la luz, renaciendo las ilusiones y esperanzas de un nuevo día.

Sin estar lejos de la realidad, Alba es el único y mejor nombre que va de acuerdo con mi persona aludiendo a mi físico, sin embargo siento que le falta calidez porque cuando me nombran sin diminutivo en mi círculo familiar, me impacta emocionalmente. Mi primera reacción es un hueco en el estómago y pensar que existe alguna molestia conmigo, sucediendo lo contrario en cualquier otro escenario ya que me encanta la combinación de Alba con Flores -mi primer apellido- ya que emerge su fuerza y a la vez su suavidad y frescura, encerrando la magia del color blanco, de la luz del amanecer, de textura suave y aromática que me recuerda a las discretas gardenias ¡mis flores favoritas!.

Por su naturaleza conceptual, puede traducirse a la lengua náhuatl como Tlanezpilli, sin perder su esencia y adquiriendo la vibración emotiva que me hace sentir que al pronunciarlo están llamando a esa parte desconocida, infantil y sola que vive en mí.

Tlanezpilli no es precisamente un sobrenombre, pero me agrada como seudónimo, aunque definitivamente me siento cómoda con un nombre tan expresivo, porque también así se llama mi mamá.

SI FUERAN FLORES

Mi mirada se pierde en la lejanía, sólo veo azul grisáceo y muy de cerca un tono verdoso, por romántico que parezca ¡es cierto! el mar y el cielo en la distancia parece que se unen. Hoy amaneció con lluvia, observo a mi alrededor y estoy sola; es el momento ideal para recordar y traer a mi mente lo que ha sido trascendental en mi vida y que me enseñaron mujeres que, si fueran flores, cada una de sus enseñanzas estaría matizada con un color y un aroma...y yo podría contar lo que me fue transmitido por ellas como si fueran una apacible rosa pintada de azul, una elegante y aromática azucena y un lindo girasol.

Claro está que para entender el colorido lenguaje de las flores yo tendría que ser una-, sí, tal vez pudiera ser una gardenia. Mi pensamiento metafórico se ve interrumpido por las caricias del agua; en los pies siento el agua de mar fría, impetuosa, en oleadas disparejas y en el resto de mi cuerpo percibo la calidez de la lluvia que me empapa, es una rara y agradable sensación, agua dulce y agua salada, cálida y gélida, de arriba y de abajo cristalina y turbia ¡pero al fin agua!

¿Cómo sobrevivirían las flores sin agua? Es inevitable, pienso en esas increíbles mujeres como si fueran flores y en mi corazón de gardenia hay un lugar especial para mi rosa pintada de azul, otro para mi elegante azucena y uno más para mi voluntarioso girasol.

De mi rosa pintada de azul no recuerdo ni un consejo, no dijo nada para orientarme o corregirme, siempre sumisa a mis caprichos infantiles y al despertar de mi carácter. De no ser por mi cumpleaños no recuerdo otro abrazo; sin embargo su actuar y su lenguaje corporal me dijeron y enseñaron ¡tantas cosas!, no necesité de palabras para darme cuenta y sentir como alguien tan pequeña y menudita y tan poco efusiva pudo transmitirme tanto amor y apoyo.

Sin una sola palabra, aprendí que preparar los alimentos del día era su forma de dar amor, siempre atenta a darme gusto con mis platillos favoritos gastando más de lo que tenía y ocupándose de labores ajenas para conseguir dinero extra; siempre callada, sólo me observaba y, cuando yo decía cuánto me gustaba la

comida, su cara morena se iluminaba con una sonrisa, sus pequeños ojos cafés me miraban con alegría y volvía a ocuparse.

Alguna vez externé mi desagrado por lo que me sirvió, recuerdo su mirada huidiza, sin ese brillo que tanto me gustaba, frotaba sus pequeñas y regordetas manos y agachó la cabeza, pude ver su cabello negro y corto siempre ondulado, sus eternas arracadas de oro y me arrepentí por el comentario –nunca más volví hacerlo- y cuando comía en otro lado, tenía la precaución de reservarme un poco para probar algo de lo que amorosamente había preparado; aunque no me gustara siempre dije lo contrario, sólo por ver su sonrisa de satisfacción.

Esta forma de demostrar amor, influyó mi vida porque llevo a la práctica lo aprendido y trato de demostrarle a mi dualidad, a mi hijo, a mi nuera y a mi nieto cuanto los amo, ya que paso mucho tiempo cocinando y me lleno de satisfacción cuando halagan mis guisos, pero por supuesto que si no es de su agrado no me afecta que lo digan, simplemente sonrío y vuelvo a ocuparme.

El lenguaje corporal de mi madre también me enseñó a mantener una actitud de optimismo sin importar los problemas y carencias; con la radio siempre encendida, sin reclamos, sin reproches sin llantos y paradójicamente cantando todo el tiempo, parecía tener todo bajo control.

La única frase que suele decir es “Gracias a la vida” y muy esporádicamente.

Antes yo pensaba: qué incongruente es mi mamá, tiene el mundo encima y da gracias a la vida ¡y por si fuera poco lo canta!

Ahora comprendo que, en su simpleza, encontró el camino ideal para enfrentarse a su realidad y hacer menos pesada su carga, enseñándome, con el ejemplo, que existen un sinnúmero de maneras para sobrellevar los problemas, entre ellas su música y su actitud alegre y apacible para no inquietarme o involucrarme, mostrándome así la fortaleza de su carácter.

Así en mi complejidad de pensamientos, emociones problemas y frustraciones y ¿por qué no?, de ilusiones, sigo su ejemplo buscando siempre cómo sobrellevar mi realidad y aunque la música no es lo mío, si lo es la danza.

Mi danza es un rezo, una oración en movimiento a través de la cual siento que obtengo la fortaleza para mantenerme jovial, firme y objetiva en mis decisiones y apreciaciones a pesar de todo aquello que me perturba.

Podría seguir enumerando –sin acabar- todo lo que una mujer sencilla y tradicional, pero con la sabiduría que le dio la soledad y el sufrimiento, me enseñó con sus hechos llenos de amor, entrega sin condiciones, con alegría y tal vez sin darse cuenta y sobre todo ¡sin una sola palabra!

Han pasado los años, todo ha evolucionado, solo mi madre no ha cambiado, continúa con su sencillo y amoroso método de enseñanza llenando de atenciones y cariño no sólo a mí, sino a sus nietos y bisnietos ¡ah!, pero siempre en silencio.

“Gracias a la vida” que aún puedo ver el brillo en sus ojos cuando comparto con ella los deliciosos y amorosos platillos que prepara para mí con un fondo musical.

Acostumbrada a vivir sencilla y modestamente sin salir de mi entorno, cuando la conocí llamó poderosamente mi atención: era alta, morena, elegante, distinguida, soltera; una ejecutiva de alto nivel que irradiaba seguridad, si hubiera sido flor, la compararía con una azucena.

El día que me asignaron a su área de trabajo me sentí tan contenta y a la vez tan insegura, pero vi la oportunidad de tenerla cerca, saber cómo era en su trato diario y aprender a comportarme como ella lo hacía –tan natural- tan sencilla pero sin perder su aire de autoridad y de que todo lo sabía y lo podía. Constaté que era inteligente y decidida compitiendo en un mundo de hombres.

Con la convivencia mi admiración se convirtió en cariño y confianza; era mi jefa pero también mi amiga ya que mis esfuerzos laborales los vi recompensados con su amistad.

Me invitó a su casa, donde pude percibir su esencia. Cada detalle hablaba de sus refinados gustos, de su mundana vida viajando por todo el planeta, de su solvencia económica con toda la tecnología a su disposición, pero también de su soledad. ¿Cómo alguien tan perfecta a mis ojos podía estar tan sola?, ese era un tema que siempre yo sacaba a relucir cuando pasábamos largas tardes tomando café y conversando sobre nuestros desamores, inconformidades, remembranzas, dudas,

proyectos, opiniones, vanidades etcétera; pasando de la más profunda tristeza a la más radiante alegría. A veces el llanto venía a nuestro encuentro como un invitado especial, trayendo consigo la liberación de emociones y la esperanza de encontrar el sentido idóneo a nuestra realidad.

Otras veces la que llegaba de visita era la alegría, disfrazada de felicidad y nos sorprendía riendo por todo y comiendo galletitas horneadas por ella; nunca dejó de sorprenderme ver con qué facilidad adoptaba cada faceta de su vida, sobre todo la de ama de casa, encargándose hasta del más mínimo detalle.

Antes de despedirnos invariablemente me recordaba que tenía que vivir y poner en práctica el “Aquí y ahora” y que todo lo demás era “*peccata minuta*” es decir, sin importancia.

Pasó mucho tiempo antes de que entendiera el sentido y alcance de esas frases, vivía recordando el pasado y añorando el futuro sin darle importancia al presente.

Cuando comprendí que el “aquí y ahora” era sentir y valorar cada instante viviendo intensamente con la fuerza de todos mis sentidos cualquier situación sin importar la emoción o sentimiento que se despertara, sin pensar en el pasado que no volverá y al que no podré cambiar, y sin idealizar al futuro, que por muy cercano que esté siempre será incierto, fue cuando el presente se hizo visible a mis ojos como mi realidad, a la que siempre evadí y traté de esconder desfasándola y encubriéndola en otros tiempos.

“Aquí y ahora” hago mi mejor esfuerzo para vivir, gozar, sufrir, aprender, dar y recibir en el presente, tal como mi amiga hubiera querido que lo hiciera –nunca es tarde.

Por supuesto que me visitan el llanto, la nostalgia, la desesperación y el dolor que ocasiona la mentira y el desengaño, pero trato de que su estancia sea corta y sin consecuencias para que lleguen la paz, la tranquilidad, la armonía, la paciencia y la tolerancia, y se queden acompañándome por largo tiempo.

Ella ya no pertenece a este mundo, sin embargo estoy segura que desde donde está se alegrará de que ¡por fin! entendí su consejo, de cómo me atrevo a vivir en el presente y de la huella que dejó en mí. Además, cuando vea que lloro

porque la extraño y añoro oírle, dirá "*peccata minuta*" sonreirá y con la facilidad que la caracterizó adaptará su existir al "aquí y ahora" donde quiera que se encuentre.

Pensando ahora en mi girasol, recuerdo que me dice: "Eres mi ángel". Desde que la conocí lo ha expresado y lo cree firmemente, sin imaginar que dentro de ella está todo el bienestar, la fuerza y la suerte que me atribuye.

Es inteligente, leal, inquieta y comprensiva tiene las manos más bellas que he visto; es mi amiga, mi cómplice, mi confidente y en todos los eventos de mi vida, buenos malos y regulares, siempre ha estado conmigo reiterándome su apoyo y amistad y, aunque somos ¡tan diferentes!, nos une un gran cariño lo que me hace esmerarme porque se sienta bien en mi compañía.

Me halaga que piense en la magia que mi persona pueda irradiar a su vida, aunque ha sido recíproco, pero no se ha dado cuenta que es a la par de su colorida y ajetreada existencia que trato de ser mejor, de no darme por vencida hasta agotar todas las posibilidades y que, hasta el momento, a veces es un gran pesar y una gran responsabilidad ser una pequeña y frágil gardenia tratando de ser un ángel o dar lecciones de vida a una flor tan impávida, altiva y mundana como lo es ella.

UNA LARGA TRAVESIA

Venía arrastrando una mala racha de desamor, engaño y traición, dejé mi trabajo, tenía una crisis emocional, laboral y económica: toqué fondo, algo dentro de mí cambió, en ese momento no supe qué era ni cómo llegó... era mi inevitable destino.

Empecé a sobreponerme, regresé a mi antiguo trabajo de maestra el cual permaneció esperándome diecisiete años, mi situación económica mejoró y por consiguiente mi ánimo, y la posibilidad de enamorarme –aunque no estaba en mis planes- ¡se presentó! Con aspecto gris, sonrisa nerviosa, cabello largo y con un gran sentido del humor ¡que tanta falta me hacía!

Corrió detrás de mi, sí, corrió para entregarme un papel que había olvidado y así tener el pretexto para entablar conversación, todo estaba bien hasta que supe su edad ¡nueve años menor que yo! Inmediatamente puse una barrera y actitud prejuiciosa para aceptarlo, pero fue tan insistente y yo tan necesitada de afecto que terminé por considerarlo.

Iniciamos una relación bonita y relativamente tranquila aunque con muchos fantasmas del pasado, sin embargo sólo el dador de la vida sabía porque lo había puesto en mi camino. A los dos meses de iniciar nuestra vida como pareja tuve un percance automovilístico, me lastimé el cuello y me golpeé el seno izquierdo –casi nada- pero mi auto que quedó destrozado; lo llamé y ahí fue la primera vez que demostró su solidaridad y apoyo: dejó todo para ir por mí y llevarme al hospital, ¿Quién iba a imaginar que ahí empezaría mi peregrinar?

Unos días después, paseando con mi amiga, pasamos por una de esas unidades móviles de salud, ella quiso revisarse y por solidaridad lo hice también, me dieron una orden urgente de atención en cancerología, porque tenía una bolita en el seno izquierdo. ¡Ilusos! era consecuencia del choque y estaba segura de que pronto desaparecería.

Mientras tanto mi relación de pareja continuaba en buenos términos, con los altibajos ocasionados por mis prejuicios respecto a la edad y por las inseguridades de ambos trayendo el pasado a fastidiarnos el presente.

Siempre fui una mujer sana, así que no me preocupé cuando dos meses después de la revisión, llamaron a mi casa para informarme que era necesario me presentara hacer unos estudios; ante tanta insistencia acepté sacar cita para revalorarme. Me dieron los datos de una institución pública especializada en mujeres y concerté la cita para treinta días más adelante alegando mucho trabajo, aunque en realidad era desidia.

Asistí a la cita programada, me revisaron, me hicieron biopsia –bastante dolorosa, por cierto- y otros estudios que no recuerdo; volvieron a citarme. Era un veinte de noviembre ¿cómo olvidarlo? El doctor, asistido por una enfermera, me preguntó: ¿viene sola? No, mi inseparable compañero me había llevado como siempre que le es posible; me pidieron que le hiciera pasar. En ese momento salió a flote mi carácter fuerte y se impuso mi independencia y autosuficiencia características y me negué.

Recuerdo cómo el doctor bajó la vista a los papeles que tenía sobre su escritorio y me preguntó: ¿pertenece a alguna institución de salud? Sí, contesté; empecé a desesperarme y pensé ¿por qué no es directo? ¿Qué tenía que decirme? Respiró profundamente y me dijo: señora, está invadida de cáncer...

Invadida de cáncer. Resonó en mis oídos y ante todas las evidencias me negué a creerlo y, con la mayor tranquilidad del mundo pregunté, ¿cuánto tiempo me queda de vida? a lo que respondió: de seis a ocho meses, dependiendo de la atención que le den, y me entregaron todas las evidencias y resultados para que me atendieran en otra parte. Sólo una pregunta más le hice: ¿doctor, como fue o qué me lo provocó? Su respuesta fue tajante y fría: no lo sé, solo sé que si se hubiera atendido a tiempo, esto no estaría pasando.

Salí del consultorio sin asimilar lo que estaba pasando, que seis u ocho meses era poco tiempo para poner mis asuntos en orden ¡mi hijo! ¿Que iba a ser de él si yo no estaba? ¡Mi mamá!, ¡qué dolor le iba a provocar! ¡Mi dualidad! ¿Regresaría con su ex pareja? Sólo preocupaciones vanas, menos lo que realmente importaba: yo.

Me acerqué a donde me esperaba mi pareja y me preguntó qué había pasado. Sin pensar en sutilezas, le dije que en poco tiempo moriría de cáncer. Su

rostro palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas...fue en ese momento cuando comprendí la gravedad de la situación y sólo atiné a consolarlo...nunca imaginé que con el paso del tiempo se convertiría en el compañero de vida con el que soñé y al que valoro y admiro, con el que comparto el gusto por la naturaleza, la danza, los viajes, con el que puedo platicar por horas y estar en un silencio interminable sin sentirme incómoda.

Guardé mis lágrimas, mi impotencia e incredulidad para otro momento: cuando estuviera sola y así él pudiera liberar con su llanto el cúmulo de emociones que esta situación le había desencadenado, ¡aunque la que lo necesitaba era yo! Así he sido siempre, primero los demás y después yo ¡qué ironía! Ahora yo moriría primero que los demás.

Ante un diagnóstico de cáncer, no puedo entender el mecanismo de autoprotección que se accionó, para que no cayera en la desesperación, el llanto y la depresión. Tuve que informarlo a mi familia para que estuvieran en posibilidad de estar al pendiente de los asuntos que pudiera dejar inconclusos y sobre todo de mi hijo mientras cumplía la mayoría de edad.

Nunca me di a la pena, continué con mi vida normal agilizando -ahora sí,- el que pudieran darme atención en mi clínica. Con todos los antecedentes, me recibieron un día después de que lo solicité, sólo para decirme cruelmente que ya no había nada que hacer, excepto esperar. Todo mi ser se rebeló y salió el llanto contenido, me vi suplicando al doctor que me hiciera algo, yo no podía creer estar tan mal con mi aspecto radiante, solo algunas punzaditas y el cansancio que cada día se acentuaba más; era lo único que me avisaba que algo no estaba bien en mí.

Ante mis súplicas, el doctor accedió, no sin antes advertirme que era inútil extirparme el tumor del seno, porque las células cancerígenas ya estaban en otras partes de mi cuerpo. Salí de ahí con una esperanza y tal como lo imaginé, el dolor fue muy grande para mi familia y sobre todo para mi hijo, el cual se vio obligado a madurar aceleradamente; mis familiares se dedicaron a darme remedios, curas mágicas y demás; todo lo acepté, todo me tomé e hice para darles tranquilidad.

Me contactaron con un médico que aplicaba sueros milagrosos, también fui, y no sé si fue el deseo de prolongar mi vida, mi fe en los medicamentos o simple y

llanamente la mano de dios, que empecé a sentirme menos cansada y cuando me operaron por primera vez para extirparme el tumor, me recuperé rápidamente y con buenos resultados; tan fue así que sesenta días después me quitaron el seno – mastectomía radical- y trece pares de ganglios, pensando en la posibilidad de detener el proceso invasivo, y continué aplicándome los sueros que iban fortaleciéndome paulatinamente.

La gente que me rodea, expresa generalmente que soy bonita, así lo creía yo hasta que me vi en el espejo sin un seno y grandes y gruesas cicatrices moradas en mi piel blanca, lo cual me entristeció enormemente; me sobrepuse y me preparé para las quimioterapias, me aplicaron ocho.

Fue un proceso muy doloroso física y emocionalmente, me las aplicaban en la mano derecha porque en el brazo mis venas eran muy delgadas y en el brazo izquierdo había el riesgo de inflamación por la falta de ganglios; era un dolor punzante y agónico aguantar que cada gotita del líquido rojo claro pasara por mi delicada vena y si se tapaba, nuevamente me picaban, eran las tres horas más largas de mi existencia. De ahí a casa a esperar los efectos que eran terribles malestares: náusea, vómito, mareo, sin la posibilidad de retener nada en el estómago, calentura y por consiguiente, la debilidad, el cansancio y, por si fuera poco, tratando de recuperarme lo antes posible para presentarme a trabajar. Son tan frías, impersonales y desconsideradas las leyes y las autoridades, que siendo un proceso de recuperación normal de diez días yo sólo tenía cuatro, me las aplicaban el miércoles y el lunes tenía que presentarme a trabajar. Claro que ahora pienso que estuvo muy bien así, forzarme a recuperarme para forzarme a vivir.

Después de que me aplicaron la primera dosis de quimio, a los quince días mi larga y brillante cabellera rubia que me llegaba a la espalda empezó hacerse como chicle y a caerse en gruesos mechones con solo tocarme. Lloré como nunca lo había hecho ante esta situación ¡me causó tal dolor! que ni el cáncer en sí me lo había hecho sentir... ¡ah! pero ahí estaban mi querida dualidad y mi hijo para apoyarme. Recuerdo que me senté en el sillón y me cortaron lo que me quedaba de cabello hasta quedar completamente pelona; me resigné, dejé de llorar y busqué pañuelitos lindos para cubrir mi cabeza sin pelo.

Ellos también usaban el cabello largo, ambos se lo cortaron para solidarizarse conmigo. Ante estas muestras de amor, ¿cómo iba darme a la pena? Sólo me quedaba pensar ¿qué hacer para que no se notara mi calvicie en el trabajo?: lo resolví con una peluca, que me favoreció ampliamente y, para disimular mi falta de pestañas y cejas, me inventé una apariencia oriental.

Cada tres semanas me aplicaban una dosis, previos exámenes de sangre, por lo cual se fueron secando mis venas. Las quimios acaban con las células cancerígenas pero también con los glóbulos rojos, por lo que a pesar de los sueros milagrosos hubo ocasiones en que me inyectaron para un proceso de generación de sangre y así poder aplicarme la dosis en el tiempo establecido; la inyección lograba su cometido, pero el dolor era insoportable. Al terminar las ocho sesiones de quimioterapia, mi cuerpo estaba débil y maltrecho, pero yo tenía el mejor ánimo ¡empezarían a crecerme el cabello, mis pestañas y mis cejas!

Como resultado de una nueva valoración, me enviaron a otro doloroso proceso: la radioterapia; diariamente, después del trabajo, durante veinticinco días fui al hospital para que, en una pequeña cámara, me aplicaran un rayito punzante y quemante en mi piel adolorida y sin seno; las molestias eran soportables y sólo tenía que cuidar mi alimentación.

Cuando terminó este proceso mi pareja, mi hijo y yo celebramos con mucha alegría y con mucha fe en que el destino podría cambiar y yo sanarme. Me dejaron descansar algunos meses en los cuales mi dualidad me compró una prótesis para mi seno, empezó a crecerme el cabello, me quité la peluca, seguí aplicándome el suero milagroso y, ante la incredulidad de los médicos, el proceso ¡se detuvo! permitiendo que me extirparan otros focos de infección con la consiguiente operación y estadía en el hospital, claro siempre cuidada por mi dualidad.

Pasó un año, me dieron tratamiento y empecé a ver la posibilidad de la reconstrucción de mi seno, ¡por supuesto que se negaron! era algo muy riesgoso. No me di por vencida e hice uso de toda la gente conocida y con influencia para obtener la autorización, -lo conseguí. Nuevamente me vi hospitalizada y, si hubiera sabido el dolor tan indescriptible que iba a sufrir, hubiera seguido con mi prótesis.

Esta vez estuve a punto de morir, tantito por la operación y tantito porque antes de internarme supe que mi pareja estaba en comunicación con su ex mujer; los celos y la inseguridad afectaron grandemente mi ánimo y no luché tanto por mi vida como otras veces. La trabajadora social llamó a mis familiares para avisarles que sólo se esperaba el fatal desenlace.

Pero, otra vez el destino y la mano del dador de la vida me permitieron continuar con mi larga y dolorosa travesía. Como soy alérgica a la anestesia y los medicamentos de mi tratamiento no podían ser suspendidos, entré en crisis de ansiedad. Aterrada por el dolor que tenía, llegó la psiquiatra pensando que mis facultades mentales se habían afectado, sin embargo su diagnóstico tranquilizó a mis familiares, sólo era la respuesta de mi cuerpo ante tanto dolor, pero mi cerebro estaba en buenas condiciones.

Mi recuperación fue muy lenta, el amor de mi mamá, de mi hijo, el cariño de mis familiares, las muestras de solidaridad de mis compañeros de trabajo y conocidos, las bendiciones de mis alumnos y los cuidados y amor de mi compañero de vida fueron grandes pilares para mantener mi ánimo y mis ganas de vivir.

Fui sometida a cuatro o cinco intervenciones más hasta que los focos de infección quedaron controlados y mi seno semi reconstruido, pero ¡ya me he despedido de los hospitales! Sólo continúo con mi tratamiento y este año –si está en mi destino- el cáncer quedará controlado totalmente... sin embargo, cuando reflexiono sobre lo que he pasado, nuevamente la incredulidad se apodera de mí...pero cuando me veo al espejo y veo que perdí parte de mi visión, la audición del lado izquierdo, observo mi seno deforme y el otro cicatrizado, en mi abdomen una gran cicatriz que me divide en dos exactamente y la protuberancia que asemeja una hernia del lado derecho, la horrible cicatriz de mi entrepierna, mis brazos colgados por la falta de ganglios, mi subida de peso por los medicamentos controlados, mis venas secas, y las manchas de mi cara y manos no puedo más que sonreír . Al verme vestida, cualquiera pensaría que soy una mujer guapa, en la plenitud de la vida, sin imaginar siquiera la realidad.

Vuelvo a sonreír, claro, después de haber llorado tanto, y concluyo que mi cuerpo está adolorido y maltratado, pero ¡mi espíritu está casi intacto!, y en mi lucha

contra los estragos del cáncer, uso lentes de contacto, un audífono, hago ejercicio -danzo-, arreglo mi cabello regularmente, me pinto las pestañas, sigo mi tratamiento, alimento mi alma y agradezco a dios y a la vida esta oportunidad de seguir viviendo, porque ahora lo hago con conciencia, disfrutando y valorando cada momento por difícil, raro o malo que parezca.

No sé que me tenga reservado el destino, pero después de que me pronosticaron seis meses de vida y han pasado tres años y medio, me niego a creer que el cáncer acabe conmigo y ¡con mis ganas de vivir!

CON OTROS OJOS

¡Un nuevo día!, salto de la cama, me desnudo y me paro frente al espejo decidida a entablar una conversación largamente pospuesta. No puedo evitar la sensación de angustia en el estómago, este enfrentamiento conmigo misma ¡alerta mis mecanismos de defensa!

Mi primera reacción es vestirme, salir corriendo y olvidarme de todo esto ¿Qué necesidad si ya me conozco y puedo hacer el ejercicio sin verme? Mi sentido común pregunta ¿a que le tienes miedo? e inmediatamente respondo ¡a la mal cerrada herida que a todo contacto sangra! Mi autoestima fue lastimada y nunca recuperada ni fortalecida.

Ahora al verme detenidamente, veo una figura de mujer de un metro y cincuenta y ocho cm de estatura, de formas firmes, de complexión mediana, con algunos kilos de más por la ingestión de medicamentos controlados que afectan el metabolismo, de piernas fuertes, caderas anchas, senos pequeños antes mi orgullo ahora mi pena, vientre plano y pies pequeños delicados e infatigables, en general una figura aceptable resultado del ejercicio diario; mi piel es de dos tonos: bronceada en brazos, cuello y piernas y en el resto del cuerpo, blanca, solo mis manos oscuras, manchadas como una flor marchita, reflejan mi edad.

Mi rostro se ve radiante, siempre tengo las mejillas sonrosadas aunque con manchitas cafés, mi nariz y boca son pequeñas, y mis ojos verdes están circundados por pequeñas arruguitas que denotan el paso del tiempo. Tengo una cabellera rubia y lacia que me llega a los hombros y me causa extrañeza que mi pubis esté cubierto por vello suave, rizado y ¡oscuro!

De una sola ojeada, veo las imperfecciones de mi cuerpo y las grandes cicatrices moradas que resaltan en mi piel blanca; y antes de empezar a lamentarme por lo feo que se ven y la tristeza que me causan, vienen en mi auxilio los ojos de mi alma que son más agudos, más claros, más benevolentes y menos críticos y me hacen recordar que cada cicatriz habla de dolor, sufrimiento, convalecencia y triunfo de muchas batallas, aunque aún no puedo vanagloriarme de haber ganado la guerra... Y mis manos ¡tan feas y maltratadas! también tienen su historia de lucha,

dolor y trabajo y han prodigado caricias, consuelo, ternura, realizando lo que mi loca imaginación y creatividad han querido poner en práctica.

No deja de sorprenderme, cómo el cuerpo humano es una máquina maravillosa; bien definida como ¡la obra perfecta de dios! Y al ver mi imagen reflejada en el espejo he tenido la osadía de compararme con él, yo también he dado vida y mi cuerpo ha alojado al ser que más amo y, si hago la analogía de que una gota de agua de mar no es el mar pero tiene todas sus características y propiedades, así yo, he sido hecha a imagen y semejanza del creador, lo que me ha permitido engendrar y dar a luz a un nuevo corazón y prueba de ello es una gran cicatriz, producto de la cesárea, aunque es un poco complicado explicar, me llena de satisfacción conservarla aunque sea en el seno izquierdo.

También he experimentado esa increíble sensación que proporcionan los abrazos infantiles, llenos de cariño, sin condiciones y espontáneos, y, ¿cómo olvidar las caricias recibidas y las sensaciones de placer resultado del amor y la pasión?

¡Ah! Pero también he sido acariciada por el agua: dulce, salada y de lluvia, por el viento que ha limpiado y refrescado todo mi ser, por los rayos del sol, por los destellos de la luna, el manto de la noche, por la frescura de la hierba y la calidez de la tierra. Por todo esto, puedo decir: que el recinto de mi alma ha resistido el embate del dolor insoportable pero ha recibido el placer indescriptible y no sólo proveniente de una fuente, sino de muchas.

Dirijo ahora mi mirada hacia el rostro, es ovalado, simétrico hace un buen contraste con mi cabello, generalmente se ve radiante y solo en ocasiones los grandes surcos verdosos que se forman bajo mis ojos indican mi malestar o mal dormir, siendo la única señal de desmejora.

Mi ceño fruncido es señal de que mi mente trabaja, que analizo o tengo alguna preocupación. Por la expresión de mi cara puede predecirse mi estado de ánimo, y si es verdad que los ojos son el espejo del alma, puedo decir que la mía es ¡muy expresiva! Seguramente por todo lo que ha visto: pobreza, hambre, dolor por alguna pérdida, delincuencia, mentira, engaño, traición, pleitos, envidias; y no sólo eso también amaneceres, el mar, atardeceres, sonrisas, la grandeza de los árboles, la belleza y fragilidad de las flores, la amistad, la solidaridad, la lealtad en

fin... he visto la vida como es: con sus ángeles y demonios, con sus alegrías y sinsabores, con sus pérdidas y recompensas.

Ante todos estos acontecimientos, mi alma ha aprendido a reconocer los destellos de dolor o de placer y lo manifiesta ¡simplemente con una mirada! Y en su templo que es mi cuerpo, habita resignada y a veces inconforme, pero se consuela pensando que no ha sido en vano la lucha contra la enfermedad y el inevitable paso del tiempo.

Mi cuerpo y mi alma tienen a veces sutiles diferencias que amenazan con terminar en llanto, tristeza y conmiseración, pero las resuelven tarde que temprano con ayuda del corazón, el sentido común, las muestras de cariño, la fortaleza y ¡el espejo!.

NOSTALGIA

La sexualidad..., yo la concibo como la energía que comparto y dejo en otro cuerpo; cuando tomé conciencia de mis genitales y mi fuerza de mujer, me olvidé de todos los prejuicios y las trabas que me fueron inculcadas para la manifestación plena, gozosa y consciente de mi ser, tomando en cuenta que la religión es la mayor represora; ya que califica al sexo como inmoral y sucio siendo su último fin la procreación.

He vivido mi sexualidad plenamente, siempre con amor, de común acuerdo sin miedo y vibrando con armonía y emoción para iluminar al ser con el que comparto e iluminarme yo cuando nuestra energía converge en el vórtice de nuestro placer.

Mis expectativas respecto a la sexualidad, surgidas de mis deseos, anhelos, inquietudes y suposiciones, algunas veces han sido rebasadas haciéndome experimentar que el camino al cielo ¡si existe!

Sin embargo experimento cierta nostalgia, ya que por circunstancias que me son ajenas hace algún tiempo no tengo ese intercambio de energía tan necesario y gratificante, no sólo para el cuerpo sino también para el alma. No me desespero y estoy decidida a ejercer nuevamente mi derecho a caminar hacia el cielo, -conozco el camino- podría reconocerlo inmediatamente, ¿cómo es que he confundido el sendero?

En cuanto al instinto maternal, me surgió desde muy pequeña y no por mis muñecas sino por la responsabilidad que recayó en mí para cuidar a mis cinco hermanos menores.

Un día de Reyes, mi abuela materna me regaló un muñeco ¡era tan bonito!, pensé que debería llevar un nombre acorde a su belleza: tenía doce años cuando elegí el nombre que en mi apreciación infantil era el más hermoso y que sería el mismo que llevaría mi hijo años más tarde.

No recuerdo que pasó con el muñeco, pero mi hijo fue alguien muy deseado y esperado, no fue el primer nieto pero si el más querido y consentido. Su llegada coronó mis deseos de ser madre cuando casi había perdido la esperanza; fue un

embarazo de alto riesgo, la falta de contracciones me jugó una mala pasada, el bebé ya tenía sufrimiento fetal y tuve que ser intervenida con cesárea.

Nació casi a las tres de la mañana y a las ocho lo conocí: no solo ¡sangre de mi sangre! sino ¡la vida misma! Su carita de luna, sus manitas tan pequeñas, sus ojos orientales, su gran mancha morada en la frente, su olor; emoción más grande de agradecimiento a la vida no he tenido. Todo mi ser se estremeció y sólo atiné a llorar por ese gran milagro que tenía en mis brazos.

Han pasado muchos años y aún conservo –tan nítido- el recuerdo de ese ser tan pequeñito al que consideré la más grande bendición de mi existencia pasada, presente y futura.

Creció bajo los cuidados de mis padres, mientras yo trabajaba, siempre sintiéndome culpable por no estar con él físicamente, aunque todo el tiempo al pendiente. Y, previendo que yo no podía inculcarle principios y valores de manera sólida, lo mantuve en escuelas de orientación salesiana.

Sé que el ser madre fue un regalo que el divino creador me dio, e hice con él lo que creí correcto, traté por todos los medios de evitarle el sufrimiento, lo sobreprotegí y hasta lo maleduqué con tantos regalos, mimos... y haciendo su voluntad y a pesar de todo resultó un hombre de bien, estudioso, responsable y trabajador del que me siento orgullosa, pero no por eso me atribuyo algún mérito - nadie nos enseña a ser padres- y si hay alguno se lo reconozco a sus abuelos.

También tengo claro que se predica con el ejemplo ¡y yo nunca estuve ahí para dar alguno!, pero no porque no quisiera estar, sólo que el trabajo me absorbió y me encontré en la disyuntiva de realizarme como profesionista o como madre y en mi inmadurez me decidí por ser y tener, al fin que mi hijo estaba en las ¡mejores manos! No es tiempo de arrepentirse, disfruté esa época de mi vida y conseguí lo que me propuse.

Mi gran pesar es no haber sido buena madre, la nostalgia me invade al recordar que me perdí de muchos momentos importantes de su vida; a cambio de ver satisfechos todos sus deseos materiales, le ocasioné muchas inseguridades con mi inestabilidad emocional, creí firmemente que no necesitaría una figura paterna y

decidí que sólo viviría con alguien cuando él creciera y estuviera de acuerdo: y así lo hice.

Traté de no mentirle, esperando que él hiciera lo mismo conmigo, no sé si sirvió de algo, pero establecimos un lazo de complicidad y camaradería adicionales al amor filial, sufrimos sus desamores y reímos con sus travesuras, siempre sobreprotegiéndolo y tratando de resolverle los problemas y hacerle la vida más fácil en mi falsa creencia de querer compensar mis ausencias y falta de cuidados, sin saber el daño que le estaba haciendo al depender tanto de mi. Sin embargo, la vida se encargó de acelerar su proceso de maduración cuando tuvo que asimilar la posibilidad de quedarse solo.

En esa y otras muchas situaciones que hemos vivido, ha demostrado su fortaleza de carácter y los valores inculcados por sus abuelos y en la escuela: me apoyó cuando decidí vivir en pareja, sin cuestionar, ni criticar, haciendo su mejor esfuerzo para mantener la armonía entre los tres; empezó a tomar sus decisiones ¡sin consultarme! Este proceso fue doloroso para mí, me sentí relegada, inútil, no considerada, sin valorar que en realidad mi hijo estaba poniendo en práctica lo aprendido y había dejado de ser tímido, dependiente e inseguro para convertirse en alguien dispuesto a hacer frente a las consecuencias de sus acciones.

Ha pasado el tiempo, aún no se independiza totalmente, ya tiene esposa e hijo, pero aún así nos damos tiempo para platicar –como antes-, lloramos a veces nos reímos, seguimos manteniendo esa complicidad que nos une tanto, ya casi estamos en desacuerdo en todo y generalmente asumo la parte de intolerante, incomprensiva y anticuada resultado de nuestras desavenencias, y él con, su silencio, me indica que no está de acuerdo, pero a pesar de todo nos respetamos y nos queremos.

Ahora todo el tiempo que no tuve para él, lo tengo para su hijo: mi nieto. Y cuando estoy con él busco vanamente en mis recuerdos ¿Qué hacía mi hijo?, tratando de comparar su comportamiento... intensa nostalgia invade mi pensamiento ¿Cómo, si no estuve con él? Y daría cualquier cosa por hacer presente su sonrisa de antaño, ya que ahora su gesto es adusto por las preocupaciones, sus

cambios físicos, ¿cuándo dejó de crecer? Su inocencia y ¡tantas cosas que no disfruté! Ensimismada en mi carrera por la vida...

Cruel realidad, la historia se repite con mi nuera, pero ahora es mi oportunidad de –sin ser madre- ver crecer y desarrollarse a un pequeño ser ¡la vida misma de mi hijo! Y ver en él lo que en su momento mi madre vio en mi adorado hijo.

No tengo más que agradecerle al creador esta segunda oportunidad de ser la parte amorosa y consentidora de una nueva vida, y para ayudar a encauzarla con la experiencia de haber sido madre. Y, aunque no puedo jactarme de haberlo hecho de la mejor manera, sí puedo decir que puse todo mi corazón y voluntad en ello, como pienso hacerlo con mi nieto.

DESEOS

Quise ser nube viajera, recorriendo todo el mundo, pero no encontré una ráfaga de viento fuerte e impetuoso que me diera el impulso para hacerlo.

Quise ser ave canora, por cuyos trinos se supiera de su alegría y su dolor, y sólo soy ave doméstica que trina para pedir atención.

Quise ser flor de invernadero, y sólo flor silvestre soy.

Quise ser una fortaleza que protegiera mi corazón, y sólo logré ser una simple barda que se cimbra, y a veces sin razón.

Quise ser e infundir alegría a mí alrededor y, ¿cómo, si estoy llena de dolor?

Quise ser la luz que alumbrara el camino para sortear cada obstáculo que fuera viendo, y apenas alcancé a ser como la tenue luz de una vela que se va consumiendo.

Buscando en el ayer, encontré que tuve muchos deseos, y ninguno se cumplió; fueron como efímeras flores que se marchitaron, se abrió el botón y surgió la flor, pero no llegó a madurar. ¿Acaso por el intenso calor y la falta de agua?, ¿o tal vez por el viento inclemente que las arrancó y sólo quedó el recuerdo de su perfume y su color?

Pero ahora, después de derramar mil lágrimas, agobiada por la culpa y el remordimiento de no haber luchado por hacer realidad mis sueños, por haber creído que eran irrealizables, por esperar una palabra de aliento y poder continuar, por renunciar sin intentar los suficiente... desde lo más profundo de mi ser surge: ¡un reclamo a la vida!

¿Por qué fueron más fuertes mis miedos?

¿Cuándo me convencí de que eran inalcanzables?

Todos mis sueños estaban en botón, ¿porqué no florecieron?

¡Ah!, pero la voz de mi alma, que es más objetiva y osada, me grita ensordecedoramente ¡aún es tiempo!

Y para reivindicarme, pienso en el sentido de mi vida, me esmero buscando mis deseos más fervientes, me ubico en la realidad y dejo a un lado los espejismos

y los imposibles, mis deseos serán tangibles y realizables para dejar en sueños, la nube, la flor, la muralla y la luz que en su momento quise ser.

Ahora quiero:

Viajar cerca y lejos para conocer los vestigios arqueológicos de todo mi país, maravillarme con su belleza arquitectónica, envolverme en la energía que de cada uno de ellos emana, y pasear mi pensamiento evocando las épocas de su esplendor.

Vagar por el centro de la ciudad, sin prisas, sin rumbo, disfrutando de la compañía de mis amigos y mi pareja, de las campanadas de la catedral; probar todos los antojitos, ver las artesanías, embelesarme con los danzantes y conocer los lugares que históricamente son importantes; todos los museos y todas las cafeterías para detener el tiempo y conversar hasta que caiga la noche.

Aprender a hablar náhuatl, es una lengua difícil, única en su género por su gramática y es como un canto cuando la oigo pronunciar. Sólo hablándola sentiré que canto sin necesitar ser ave para hacerlo.

Lanzarme de un paracaídas para sentirme libre de las ataduras con el mundo y ver un poco de la inmensidad, sintiendo la fuerza del aire y la incertidumbre de mi regreso a la realidad.

Ser curandera urbana, y utilizar todos los recursos de la tierra, el aire, el agua y el fuego, para sanar no solo la materia, sino también el espíritu, iluminando pensamientos oscuros y corazones rotos.

Vivir sin culpas ni remordimientos, perdonando mis errores, haciendo frente a las consecuencias de mis decisiones y aceptando lo que soy y lo que tengo, ni más ni menos, con mis limitaciones y mis magias, pero sin darme nunca por vencida.

Una de mis pasiones es el mar, quiero entablar una conversación con él, sin interrupciones, sin sobresaltos, sin tiempo, quiero verlo en calma y con sus grandes oleajes; ver exactamente cuando cambia de color y cuál es el momento preciso para sentir sus caricias de consuelo sin el ímpetu que lo caracteriza.

Necesito ver y sentir su grandeza, para dimensionar mi existencia y darme cuenta de que, si me comparo con un grano de arena, mis pesares son ¡nada! y pensando así, me fortalezco y facilito mi diario vivir.

No puedo evitar deseos intangibles, porque también quiero colaborar aunque sea mínimamente a los pedimentos universales por la paz, la ecología, la igualdad, el respeto y la transformación y cambio hacia lo positivo, para que se hagan presentes en la humanidad y se manifiesten en un estado de conciencia más justo y equilibrado; en forma muy especial, para que todos los danzantes del mundo sigan elevando sus plegarias con los pies, acariciando el rostro de nuestra madre tierra y ella no se canse de darnos el sustento diario y nos perdone por el daño que le hacemos en aras del progreso.

Sin embargo, el anhelo que considero más importante y urgente es encontrar la forma de consolidar mi familia, estrechando lazos de cariño y confianza con mi nuera; de tolerancia y paciencia con mi hijo; de pasión ¡tan necesaria! y romance con mi pareja; de disciplina y respeto con mi nieto y de solidaridad y comprensión con mi madre.

Sé que no basta con desearlo, que es un trabajo arduo y difícil, pero estoy segura que, de la mano del divino creador, mi esmero y voluntad inquebrantables ¡lo lograrán!

Tengo muchos más deseos surgidos de mis sueños, anhelos y carencias, pero por el momento es una complicada tarea empezar a materializar los que considero más apremiantes para sentirme –como en otro tiempo–, tenue luz de vela, que en lugar de consumirse, alumbra el sendero que ha de seguir mi vida...

Y en ese sendero me vislumbro firme, segura, decidida y dispuesta a hacer realidad mis sueños –que no por simples dejan de ser importantes y de gran valor– para llenar mi tiempo, mi espacio y mi corazón.

Y más que todo eso, su realización me traerá la paz y tranquilidad que necesito para perdonarme ¡por no creer en mí! y por buscar afuera la fuerza, el impulso y la voluntad necesarias para ver cumplidos mis anhelos de antaño, sin saber que ¡hubiera bastado una mirada hacia adentro! para hacerlos realidad.

No en vano ha pasado el tiempo, he adquirido experiencia y ya no sueño por soñar. Ahora tengo claridad en el pensamiento, lo que me permite distinguir la sutil diferencia entre un sueño, un deseo, un anhelo y una misión y, por si fuera poco, he descubierto a la escritura como un recurso terapéutico que me ha permitido buscar

en el tiempo que creí perdido el cúmulo de emociones y sentimientos que tenía atorados y que he ido liberando poco a poco, eso sí, con su respectiva dosis de sufrimiento. Y al ponerlos en blanco y negro he desechado lo que no me sirve y lo que me lastima, conservando sólo lo bonito para soñar, ¡sí, soñar! lo que fue, lo que es y lo que puede ser mi vida si me doy la oportunidad de ser obediente a la voz experimentada y cautelosa de mi alma cuando expresa ¡mira hacia adentro!, alentándome a no claudicar.